

SOY UN NIÑO

Había una vez...

Había una vez...

Había una vez.

¡UN NIÑO!

Cuando nació, el niño era pequeño, muy pequeño.

Era tan pequeño que no sabía nada.

Solo sabía respirar.

También sabía llorar,

y reír.

Y también sabía mirar.

El niño tenía lengua.

Con la lengua descubría el mundo, que era su cuerpo.

Y dormía, dormía mucho y soñaba.

Era tan pequeño este niño, que donde lo dejaban, ahí se quedaba.

Aprendió a sentarse. Desde allí arriba el mundo era muy grande.

Los seres del mundo le llamaban: las piedras, las hormigas,
y el río.

El río era como un animal que nunca se quedaba quieto.

En medio del prado de hierba dulce y suave
había un ÁRBOL.

Y allí pasaba la vida el niño, jugando.

Desde lo más alto de lo más alto del Árbol, se veía, detrás de las montañas, el mar.

“¡Soy el rey!”

“Soy el rey...”

Cuando hacía calor, el niño se vestía con las sombras de todas las hojas, y era feliz.
Y cuando hacía frío, el árbol arropaba con sus ramas al niño, y era feliz...

Besos y risas, eso era su mundo.

Le parecía que su Árbol algunas veces le cantaba nanas, canciones de cuna para que se quedara soñando entre las ramas... (chissssss).

Parecía que el tiempo no pasaba, pero sí pasaba.

El Árbol, con sus frutas, iba creciendo mirando al sol, como crecen los niños.

Y el niño fue creciendo como crecen los árboles: cada vez más fuerte, cada día más alto, hasta que se convirtió en UN JOVEN.

Desde lo más alto de lo más alto de su Árbol querido, el joven que antes había sido un niño veía el mundo: el prado, el río, el campo de trigo, el bosque, y más allá la ciudad.

La ciudad le llamaba.

Entonces el joven aprendió a pensar. Y pensó y pensó. Y un día, después de pensar mucho rato mirando a la ciudad, bajó de su Árbol.

“Allí seré feliz. Seguro.”

Y se marchó.

Atravesó el prado de hierba dulce y suave,
cruzó el río,
avanzó por el campo de trigo sin rozar apenas la tierra,
se adentró en el bosque fantástico y misterioso,

Llegó a la valla (¿para qué sirven las vallas?).

Entonces tomó el camino que, alejándose alejándose alejándose, le llevó a la ciudad.

La ciudad estaba llena de cosas,
de casas, de relojes, de lavadoras, de semáforos, de coches, aceras, tiendas,
autobuses, helados, estatuas, farolas, cubos de basura, perros, personas, ruidos,
bolsas, luces luces luces y letreros que le llamaban a gritos.

La ciudad era maravillosa.

Pero estaba tan llena llena...; nada que ver con las ramas de su Árbol.

En la ciudad había edificios tan altos que no se veía el sol casi nunca.

Había que aprender a vivir allí.

Y aprendió.

Y el joven que había sido un niño se volvió UN HOMBRE.

Se puso unos zapatos de hombre.

Los zapatos eran fabulosos: iban donde querían.

Aprendió a andar como un hombre, a saludar como un hombre, a hablar como un hombre, a reírse como un hombre.

Y aprendió a trabajar.

Ahora ya podía ganar dinero, como todo un hombre.

Había que trabajar para ganar dinero, ganar dinero para tener cosas, tener cosas para vivir, vivir para trabajar, trabajar para ganar dinero, ganar dinero para tener cosas, cosas, cosas, ganar dinero, tener dinero, vivir dinero, dinero, dinero...:

¡Dinero!

Los zapatos querían ir a trabajar.

El hombre, que había sido un joven que había sido un niño, no era muy feliz, a decir verdad: tenía frío en aquella ciudad donde no se veía el sol casi nunca.

Entonces una noche en su casa, cuando estaba en la cama,
justo antes de dormirse,
soñó con un niño que se subía a los árboles.

“Soy el rey”

Y sintió el calor entre las ramas...

“Soy el rey.”

Luego se quedó dormido.

Cuando el hombre se despertó, no fue a trabajar.

Atravesó la ciudad, llena de cosas,
hasta el camino que, alejándose alejándose alejándose, llegaba a la valla (¿para qué sirven las vallas?),
se adentró en el bosque frío y oscuro,
recorrió el campo de trigo sin verse los pies,
cruzó el río...

Sintió la hierba dulce y suave bajo sus pies.

“Soy un hombre.”

Los hombres no se suben a los árboles.

“Mis frutas... Si las vendiera en la ciudad, tendría mucho mucho dinero...

Así seré feliz. Seguro.”

Las cogió todas.

Todas... menos una.

Y cargado con sus frutas se fue a la ciudad. Allí las vendió y ganó mucho dinero.

Así, el niño que luego fue un joven y después un hombre se convirtió en UN SEÑOR.

Y aprendió a hacer como hacen los señores.

Ahora estaba siempre ocupado.

Por las noches, en la cama tenía frío, y se sentía solo. Frío por las noches y frío por las mañanas. Y solo. Frío y solo, frío y solo, frío, frío...

Una noche, justo antes de dormirse,
soñó con un niño que se subía a los árboles.

"Soy el rey..."

y sintió el calor entre las ramas...

"Soy el rey."

Luego se quedó dormido.

A la mañana siguiente, el señor no fue a trabajar.

Tomó el camino que, alejándose alejándose alejándose...

(¿para qué sirven las vallas?),

el bosque

el campo de trigo

el río

la hierba...

"Soy todo un señor, pero he pasado mucho frío.

Entre tus ramas sí que se está calentito."

Las ramas...

No cortó la última rama porque pensó que su Árbol se iba a quedar muy desnudo. Además, ya tenía suficientes y con ellas, y su calor, sería feliz. “Seguro.”

Las ramas se convierten en leña, y la leña arde y da calor.

Así que con ellas, el señor que antes fue un hombre, un joven y un niño, hizo un fuego a los pies de su cama. Y ya no tuvo frío.

Y el humo le traía el perfume de su Árbol. Y ya no se sintió solo.

Sonó

con un niño que se subía a los árboles.

“Soy el rey...”

Y soñó con unos barquitos que bailaban marchándose río abajo...

“Soy el rey...”

Pero una a una a una las ramas se fueron quemando hasta que no quedó ninguna.

Una mañana el señor se despertó tiritando:

“Qué frío.

Ya no aguanto más.

Estoy harto de esta ciudad.

Me marchó.”

[TODO LO SIGUIENTE SE HACE CON MÚSICA, NO NARRADO] [Tomó el camino que, alejándose alejándose alejándose, llegaba a la valla

(¿para qué sirven las vallas?)

*Atravesó temblando el bosque oscuro,
recorrió el campo de trigo arrastrando los pies
cruzó el río, casi helado,]*

Su Árbol, su Árbol...

Entonces, mirando a lo lejos por detrás de las montañas, adivinó el mar: sal,
peces... y sol.

“Me voy al otro lado del mundo.

Allí no tendré frío.

Allí sí que seré feliz.

Seguro.”

Guardó con mucho cuidado aquella última fruta que su Árbol le regalaba.

Al Árbol solo le quedaron los pies, bien agarrados a la tierra.

Se construyó un barquito
y lo lanzó al río (¡la madera de su Árbol sabía flotar!).

Notó que los zapatos pesaban demasiado (no eran tan fabulosos).
Y pensó que sería mejor viajar más ligero.

Y el barquito de madera de su Árbol le llevó hasta el mar.

Y el mar le llevó hasta el otro lado del mundo.
¡El otro lado del mundo!

Allí aprendió a ser feliz. Aprendió a estar con mujeres y hombres muy distintos de él. Aprendió otros idiomas y comió otras frutas y bailó otras danzas.

Y él, que había tenido muchas cosas, supo que ya no necesitaba nada más que besos y risas.

Y tuvo besos

y tuvo risas.

Y así, fue feliz lejos de todo.

Pero ahora, al niño su cuerpo no le obedecía: unos huesos le hacían caso y otros se reían de él. Una mano temblaba cuando quería. Y muchos dientes se le habían escapado de la boca. Una oreja le servía para oír, la otra para no oír. Los ojos veían lo que les daba la gana. Y la lengua, a menudo, decía palabras que el niño no quería decir. Era bastante gracioso. Las rodillas, cuando se aburrían, se le doblaban...

Y donde se caía, ahí se quedaba.

Sí, es verdad, el cuerpo del niño ya no funcionaba muy bien. Ahora el niño era UN VIEJO.

Dormía mucho. Y soñaba.

Soñaba con un niño que se subía a los árboles,

Una mañana cuando consiguió ponerse de pie, se dio cuenta de que no, no, ya no se subiría más a los árboles.

Decidió que quería volver.

Anduvo días y semanas atravesando el mundo

hasta sentir la hierba dulce y suave del prado acariciando sus pies.

“¡Soy

un niño!”

“Soy un niño.”

“Soy un niño...”

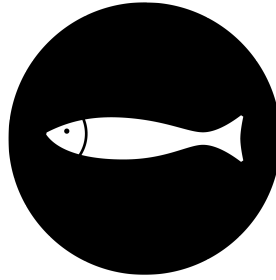
Buscó su Árbol.

Ahí estaba lo que quedaba de él.

Luego, el niño, que fue joven, hombre, todo un señor, y al fin un viejo, de la fruta que un día le regaló su Árbol, sacó la semilla y la sembró.

La cubrió bien con tierra para que también ella soñara con convertirse en un árbol grande y fuerte.

“Ahora, solo quiero descansar a tu lado”.



**ULTRAMARINOS
DE LUCAS**